

STENDHAL Y ESPAÑA

Con razón r euerdase siempre el fervor de *Arrigo Beyle, milanese*, hacia esa Italia elegida por  el como patria adoptiva y residencia predilecta. Olv idase, en cambio, con harta frecuencia, que ese mismo escritor manifest o sentir « una inclinación natural por la nación española », « amar con pasión » a los habitantes de la misma y que aquel gran tornadizo fué tanto o más fiel a su entusiasmo por lo español que a su culto por lo italiano.

Y este olvido es lo único que puede explicar, sin justificarlo, el hecho de que no existan sobre *Stendhal y España* estudios monográficos comparables a los superabundantes consagrados a *Stendhal e Italia*, o siquiera a los nada escasos sobre *Stendhal e Inglaterra* o *Stendhal y Alemania*.

Sorprende, asimismo, el realizar otra comprobación, al recorrer los repertorios bibliográficos de Paupe, Cordier, Thi me, Lanson o Jourda : y es la de no hallar estudios, artículos, notas siquiera, en los que algún crítico o investigador ibérico recoja o comente las manifestaciones de amor a España tantas veces hechas por Stendhal.

Muestran esas bibliografías la falta de rencor, por parte de los británicos, hacia el viajero y corresponsal de periódicos londinenses que tuvo a menudo la humorada de hablar pes-tes de Inglaterra ; establecen, de igual modo, que los tudes-

cos no menosprecian al ex funcionario imperial que ha escrito incendios de Alemania; y que los italianos — D'Ancona, Matilde Serao y Croce, entre otros —, recuerdan con gratitud y admiración al escritor que tanto los quiso. Pero no consignan — lo cual puede muy bien ser omisión de esas bibliografías —, nombre hispánico alguno al pie de estudio sobre lo que Stendhal dijo y sintió por España.

Beyle descubre a España. — Desde niño consideró Beyle a España como a solar europeo de la grandeza de alma y de la dignidad espiritual. Dividía ya entonces a los suyos según tuviesen algo de « español » o carecieran de ese fermento enaltecedor de la personalidad.

Resume todos sus agravios contra el propio padre con estas palabras: « No ha existido nada menos español ni menos alocadamente noble que aquella alma, por eso era tan anti-pático a mi tía Isabel ». Y ese mismo niño prefiere a la tía Isabel, « mujer de una excepcional elevación de carácter » y de la cual « proceden todos los sentimientos elevados y altivos de la familia » porque « tenía el alma española. Su carácter era la quintaesencia del honor ». Stendhal declara « adorarla », a pesar de que ella « le contagió plenamente esa manera de sentir », causa de la « serie ridícula de necedades cometidas por delicadeza y grandeza de alma », en el trato con gentes vulgares.

A esos sentimientos « españoles » atribuye Stendhal « el vivir en las nubes », el no pensar sino en el honor, en el heroísmo, el carecer de pequeñas habilidades y de dulzona hipocresía. Defecto del cual no ha podido corregirse ni por la reflexión ni por el escarmiento de la infinidad de engaños en que su *españolismo* (él es quien subraya) le ha hecho caer.

¿Cómo llegó Stendhal a adquirir esta manera de ser de que se enorgullece?

Pues en contacto con lo que, dentro de Grenoble y de la propia familia, podía darle la ilusión de España o hacérsela conocer como realidad. Fué, en primer lugar, el trato afectuoso con aquella romanesca tía Isabel, para la cual lo realmente hermoso « era bello como el « Cid » ; debió ser luego la representación de ese mismo *Cid* de Corneille, por cuya obra dramática, tan impregnada de « españolismo », sintió Stendhal constante admiración ; fué, finalmente, el encuentro con el más excelso y eficaz de los embajadores del espíritu hispánico ante el extranjero : el encuentro con Cervantes, mediante la lectura del *Quijote*.

Ese hallazgo hace época en el período infantil de la vida de Stendhal, momento bien sombrío, por cierto.

Vivía bajo la férula del abate Raillanne, el más odiado de sus preceptores, y en medio de un círculo familiar no menos hostil que cordialmente aborrecido. Es menester acordarse del Vallès de *L'Enfant* o del Julio Renard de *Poile de Carotte*, para hallar algo que se parezca en crueldad y angustia a lo que Stendhal nos refiere de su pasado infantil.

Desde años atrás aquel niño sin juguetes, sin alegría, ni compañeros siquiera de su edad, ha desaprendido la risa y ha comenzado a formarse un carácter « malévolo y socarrón ». De improviso, en la quinta suburbana donde pasa sus vacaciones de prisionero, descubre un manoseado libro de páginas gastadas, láminas mugrientas y lomo desvencijado. Comenzó por sentir hacia su hallazgo la inquina que tenía « por todo lo viejo », pero las láminas lograron conquistarlo ; años después reproducía algunas de memoria. Y luego,

insensiblemente, de las láminas pasó a la lectura, y por la lectura a lo que él mismo nos dirá : « *Don Quijote* me hizo reír a mandíbula batiente. Téngase en cuenta que yo había dejado de reírme desde la muerte de mi pobre madre y que era víctima de la educación aristocrática y religiosa más cerrada. Mis tiranos no se descuidaron ni un instante... Fácil es suponer entonces el efecto que me produjo la lectura del *Quijote*, en medio de tan horrible tristeza. Leído bajo el segundo tilo de la alameda, junto al pasillo cuyo terreno tenía una hondonada en la que solía sentarme, el descubrimiento de ese libro constituye quizá la mejor época de toda mi vida. ¿Quién lo hubiera creído? Mi padre, al oírme reír a carcajadas, venía a reñirme, amenazándome con quitarme el libro, cosa que hizo varias veces ».

De este modo, al amparo del que llamó luego Darío « rey de los hidalgos, señor de los tristes », tuvo un respiro la existencia oprimida del chicuelo y adquirió éste una noción del honor y del heroísmo de la que nunca pudo olvidarse. Quizá entre los « galeotes » libertados por el hidalgo manchego, y entre los que nunca olvidaron el beneficio recibido, conviniera incluir al muchacho Beyle que descubría :

... como el destino
hace que regocije al mundo entero
la tristeza inmortal de ser divino !

El *Quijote* reveló al niño una España « alocadamente noble » y sublimemente heroica, que grabó, en su espíritu, una tabla de valores humanos imborrable y un tenaz concepto de ciertos recursos psicológicos.

Bardon, con mucho ingenio y no poca eficacia persuasiva, ha intentado mostrar lo que conservan de reminiscente las

intrigas de Beyle, con respecto al perfil argumental con que se desenvuelve la trama del *Quijote*.

Más evidente aparece todavía otra deuda de Beyle hacia Cervantes.

Sábese que los héroes de Stendhal cultivan la energía, velan por el desarrollo de la propia personalidad y sienten, frente a los ánimos apocados, el mismo desprecio que tuvo Nietzsche, medio siglo después, por las gentes desprovistas de « voluntad de poderío ».

Ahora bien, ¿qué entiende Beyle por « energía »? ¿Cuáles son, según él, los personajes que realmente la poseen?

La expresión, en su sentido corriente, aparece en los *Recuerdos de Egotismo*: « No concibo a ningún hombre sin un poco de viril energía, de constancia y de profundidad en las ideas ».

Pero si esa « constancia en las ideas » no puede faltar en ningún hombre, para configurar al héroe, al hombre de veras, al personaje representativo de la energía stendhaliana, se requiere otra cosa. Lo dice con toda claridad la Matilde de la Mole de *El Rojo y el Negro*. Se le acaba de describir a un conspirador español como grotescamente fracasado en una intentona desatinada, y Matilde exclama: « ¡Muy absurda! — dijo, como si hablase consigo misma —, pero eso no le impidió acometerla. Preséntemelo — dijo al marqués desconcertado —. Quiero conocer a un hombre ».

Esa energía « alocadamente noble », desdeñosa de lo vulgar y fácilmente realizable, « quijotesca » para decirlo todo en una sola palabra, es la requerida para la cabal configuración del héroe stendhaliano.

Y la misma Matilde insiste: « ¿Cuál es la gran acción que no pareció una locura, en el momento de iniciarla? ».

Concepto de lo heroico y de lo grande, adquirido por Stendhal en la lectura infantil de la obra española por excelencia, a la cual debe, quizá, « la mejor época de toda su vida » y, sin duda, algunas de sus ideas principales como hombre y como escritor.

Por eso no extraña la compenetración operada en su espíritu entre los conceptos de español y de heroico, de noble y de quijotesco, que le hace escribir en su *Vida de Enrique Brulard*: « 1. Alejo de mi vista y de mi memoria todo lo rastrero ; 2. El cuento español más vulgar, si en él hay alguna generosidad, me llena los ojos de lágrimas, mientras los aparto del carácter del Chrysale de Molière y más todavía, si cabe, del fondo insidioso del *Zadig*, del *Cándido*, del *Pobre diablo* y de otras obras de Voltaire ».

Y una vez sentado que la verdadera hombría reside mucho más en el ánimo con el cual se acometen las empresas que en la suerte que las acompaña — concepto típicamente quijotesco —, poco importa a Beyle la buena o mala fortuna final de sus personajes principales, y menos aun si en ellos le es doble reconocerse. Julián Sorel puede fracasar como ambicioso, por aciago conjuro de las circunstancias y por la poquedad anímica del medio social ambiente, pero no ha retrocedido nunca en la línea de conducta elegida, ha sabido atreverse a todo, fuera lo que fuese, y conserva hasta más allá de la tumba el amor de las mujeres conquistadas y la estimación del autor que con él se complacía en identificarse.

A primera vista, nada hay más distinto que Julián Sorel y Alonso Quijano el Bueno ; aquél, todo cálculo, egoísmo y perfidia ; éste, abnegado hasta el heroísmo, sincero hasta la alucinación, generoso hasta la locura. Pero algo vincula sus destinos : la conciencia y la angustia de vivir en momento

inadecuado para la libre expansión de su personalidad y de sus aptitudes. Julián lee el *Memorial de Santa Elena* y los libros napoleónicos imperialistas, a él legados por un veterano médico imperialista, como Alonso Quijano leyó el *Amadís* y los rimeros transtornadores de las novelas de caballería.

Y a los dos pudiera servirles de excusa, en su común fracaso, la disculpa hallada por el hidalgo manchego, después de la grotesca aventura de los batanes: « ¿ Parécenos a vos — dícele a su socarrón escudero —, que, si como éstos fueron mazos de batán fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenía para emprenderla y acabarla? ».

¿ De haber sido distintos los tiempos de Julián, y de haber vivido éste, no en los de la postración Borbónica y de Luis XVIII, sino en los de la Revolución y del Imperio, o en los de Luis XI y Julio II, no había mostrado también de sobra este otro fracasado los arrestos que pudieron granjearle las charreteras de general o las prebendas otrora discernidas, galardoadas a los prelados a la jineta y a los humanistas más esclarecidos?

Háyalo querido Stendhal o no, ciérrnense siempre sobre sus obras, sobre sus personajes y sobre la propia vida, resplandores transpirenaicos.

Lo que Stendhal creía saber de España. — El creador de la ingeniosa teoría que hace del amor un largo esfuerzo de « cristalización », de embellecimiento imaginativo, « cristalizó » no poco respecto de España. No porque España fuese menos hermosa ni noble de lo que él la vió, sino porque, enamorado típico, la sintió a su modo, desconoció lo que en ella no se avenía con sus preferencias, la enjoyó, embelleció tan de acuerdo con sus fervores de apasionado, que puede

hablarse de una España de Stendhal — todavía por estudiar —, no menos de lo que se han mentado las Españas de Chateaubriand, de Mérimée, de Gautier o de Barrès.

Beyle viajó poco por España, y no sabemos si su entusiasmo por ella se habría mantenido de haber hecho Beyle la guerra en la península, en vez de corresponderle hacerla en las llanuras de la Lombardía y en las estepas rusas. Pero lo cierto es que no conoció a sus expensas los horrores de las « guerrillas », ni el fanatismo patriótico que levantó a toda España contra la invasión francesa.

¿ Cuándo y cómo visitó Beyle realmente por primera vez tierra española ?

Pregunta poco fácil de responder a ciencia cierta.

En el tratado *Del amor*, aparecido en 1822, ocúpase ya Beyle de España como de comarca que le fuera conocida, así como las modalidades peninsulares que allí reviste la pasión estudiada en el libro.

En el capítulo XLI compara a ciertas profesionales españolas con las francesas de igual índole ; a propósito de Italia, cita la opinión de Pecchio sobre el carácter de los españoles ; al considerar lo referente a Arabia, afirma : « fuimos nosotros los verdaderos bárbaros frente al Oriente, cuando hicimos nuestras cruzadas, pues debemos lo que hay de noble en nuestras costumbres a lo que en esas cruzadas aprendimos y a los moros de España ».

Cosas todas que pueden decirse sin con ellas dar a entender que se ha visitado a España y se la conoce personalmente.

Pero el tono de las consideraciones cambia al formular las que prosiguen.

Por el capítulo XLV sabemos, sin que tal revelación re-

sultara indispensable, que el autor ha frecuentado poco antes a las bailarinas del teatro « Del Sol » de Valencia. Se nos explica la castidad de algunas de ellas por motivos que nada tienen que ver con la virtud y se nos da el horario de sus ensayos. Todos estos recuerdos se acompañan con la impresión tonificante de respirar a plenos pulmones « la voluptuosidad sobrehumana de la brisa » mediterránea, « bajo el cielo valenciano, en presencia de las estrellas refulgentes que parecen tan cercañas », voluptuosidad desconocida « en nuestros países brumosos ». Y el capítulo, correspondiente a Inglaterra, termina con este dictamen de sociología amorosa: « Por lo tanto, no tan sólo el clima, sino también la organización de la vida resultan en España e Italia tan favorables al amor y a la música, como les son contrarias en Inglaterra ».

Poco después llegamos a España, con Stendhal de guía, que se las da de cabal conocedor de la comarca visitada.

Algo, sin embargo, llama inmediatamente la atención. Hubo dos capítulos para Francia, tres para Italia, dos para Inglaterra; y para esa España, « tierra del amor y de la música », puesta siempre en el aprecio y el elogio de Stendhal al lado de Italia, sólo habrá un capítulo, el más breve y superficial de todos... ¿No es curioso, desconcertante, si se quiere?

Hasta la sección del libro destinada a esa Alemania, cuya lengua pretende Beyle, en carta a Balzac, haber olvidado por desprecio a los que la hablan, hasta sobre esa Alemania se dicen cosas más densas de experiencia, menos vagas, más interesantes que las expuestas sobre España. Y no es de extrañar, pues en Alemania sabemos sin duda posible que Stendhal había residido.

De creérsele, conocería aun mejor a España que la mayoría de los otros países descriptos por él.

Comienza por revelarnos que « Andalucía es una de las más amables moradas que la voluptuosidad ha podido escoger sobre la tierra ». Y se nos advierte que allí se cumplen a la perfección las ideas fundamentales del autor sobre « los tres o cuatro actos de locura cuya reunión constituye lo que se llama amor ». Tiene Stendhal la demostración de todo ello al alcance de su mano ; consistiría en referirnos algunas anécdotas de subido sabor español... Pero renuncia a contárnoslas, debido a la ridícula pudibundez de sus compatriotas franceses.

Por igual motivo, omite el mostrarnos más completamente a « esos seres celestiales », que son las andaluzas, « mujeres de tez pálida y de ojos en los cuales se pintan los matices más fugitivos de las pasiones más tiernas ».

A falta de ello, se nos dan apreciaciones generales sobre ese pueblo español, en el cual ve el autor « a una supervivencia de la Edad Media » y al que elogia por hallarse « totalmente exento de puntilliosidad de honor estúpida y de lo que hay de estúpido en el honor mismo » ; en el que admira la desdeñosa indiferencia por las renovaciones de uniformes y de armamentos militares, así como la fidelidad a un « general » cuyo nombre escribe Beyle en español : « El general *no importa* ».

Lamenta luego la imposibilidad de hablarnos, « en la lengua de Madame de Sévigné », de las costumbres legadas a España por los moros, pero para no defraudarnos del todo describe para nosotros la arquitectura morisca, en su rasgo principal : « consiste en que cada casa tenga un pequeño jardín circundado por un pórtico elegante y esbelto... En medio del jardinillo hay siempre un chorro de agua cuyo ruido uniforme y voluptuoso es el único que turba aquel retiro en-

cantador. La fuente de mármol está rodeada por una docena de naranjos y de adelfas. Una tela espesa, en forma de tienda, recubre el jardinillo para protegerlo de los rayos del sol y de la luna, no dejando penetrar más que las débiles brisas que hacia mediodía vienen de las montañas ».

No vale la pena de discutir si éstos son o no, los rasgos principales de la arquitectura morisca, ni si es, precisamente « a mediodía », « durante los calores insoportables del verano », que desempeñan las innominadas montañas andaluzas el papel de ventilación que Stendhal les asigna ; pero es evidente que para describir así a España no es indispensable haberla visitado, y hasta que para disculpar a tal descripción es preferible que el que la brinda no haya conocido lo que describe.

Y ésa es seguramente la situación de Stendhal, cuando publica su libro sobre el amor.

Dice Mérimée de nuestro autor : « Nadie ha sabido con exactitud qué gentes trataba, qué libros había escrito, ni qué viajes había realizado ». Cierto.

Pero todo ello ocurría antes de la publicación de las obras de Stendhal que viene haciéndose ininterrumpidamente, desde hace más de cien años. Poseemos hoy la correspondencia, los diarios, las autobiografías, los epitafios, los itinerarios, hasta los más insignificantes papeles de Stendhal.

En ninguno de esos documentos personales hay la menor huella de andanzas de Beyle por la península con que se puedan justificar sus curiosas observaciones españolas sobre *El Amor*. Más todavía, y en descargo de la inteligencia, sino de la veracidad de Beyle ; era éste un viajero avizor, capaz de ver con sus propios ojos a las comarcas recorridas por él, poco dado a la pudibundez, por la propia cuenta, y nada res-

petuoso de la ajena, cuando de dar detalles picantes se trataba.

Si nos da una España desleída, de cromo barato y de sociología mundana, es porque no dispone de otra; si no nos refiere las « tres o cuatro anécdotas » que dice sacrificar a la mogigatería de sus compatriotas — él que las ha contado de todos los colores de la procacidad —, es porque esas anécdotas no existen.

Así, pues, todas aquellas confidencias nada pulcras ni artísticamente necesarias, sobre las bailarinas « Del Sol » y sobre la arquitectura morisca, son « castillos en España » contemplados al resplandor « de la luna de Valencia ».

El amor tiene esas alucinaciones, y al escribir Stendhal sobre el tema, a propósito de una región por él siempre querida, creyó verla como Don Quijote veía a Dulcinea: a través de sus lecturas, de sus ilusiones, de sus esperanzas; no de una entrevista materialmente cumplida, ni después de un itinerario de aproximación material llevado a su término.

Los viajes veraces a España ocurrieron después de haberla descripto antojadizamente en el libro sobre *El Amor*. Tuviron lugar en dos ocasiones indudables: fines de septiembre de 1837 y en abril del año siguiente. Habla de la primera de ellas, en sus *Memorias de un Turista*, y de la segunda, en el *Diario del Viaje de Burdeos a Valencia*. Y conviene hacer constar, cuando de este segundo viaje se trata, que la Valencia a la cual condujo no es la Valencia española del Teatro « Del Sol » y las « brisas voluptuosas », sino la Valencia ribereña del Ródano y próxima a Tarascón, ese Tarascón que jamás queda muy lejos de la fantasía de Stendhal turista.

Ambas jornadas españolas fueron posibles por las largas

licencias que Stendhal cónsul debió a la protección de Molé, y que duraron tanto como el ministerio del protector.

Antes de pisar tierra española, ya manifiesta Stendhal el amor que siente por los que la habitan : « amo apasionadamente a los españoles ; son hoy por hoy el único pueblo que se atreve a hacer lo que le place sin preocuparse de los espectadores ». Insiste, en vísperas de cruzar la frontera : « Estimo, y lo que es todavía más, amo la vida privada del español... También estimo mucho el silencio español. Para terminar, adoro algunas escenas de sus antiguos poetas ».

Mucho de verdad había en esto último, pues entre los libros de su biblioteca trashumante y descabalada de cónsul esquivo de Civita-Vecchia, figuran una edición del *Quijote*, un tomo de obras maestras del viejo teatro español y « los orígenes » de ese mismo teatro por Nicolás Fernández de Moratín.

¿ Cuál será la reacción de huésped tan personal, enemigo acérrimo de la austeridad y del clericalismo, en tierras de hidalgos y de santos ? Escuchémosle.

Ni los aduaneros consiguieron desmontar a Stendhal de sus convicciones hispanófilas. Barcelona le parece ciudad incomparable, en la que goza del placer delicioso de « ver lo que nunca había visto » ; « la Rambla le encanta ». El español le resulta interesantísimo « porque no es copia de nadie », porque es de por sí « un tipo... y será el último de su especie existente en Europa » ; por estar totalmente desprovisto de « esa hipocresía que nunca abandona al hombre correcto de París » ; porque « está siempre dispuesto a hacer locuras de amor » ; y, finalmente, porque desprecia a « la sociedad francesa fundada en matrimonios concertados por notarios », a precio de dote.

Al año siguiente, una excursión todavía más rápida lleva

a Beyle hasta el Bidasoa y le permite asomarse a Irún y Fuenterrabía. Después de Cataluña, lo que Stendhal va a conocer de España son las adustas y devotas regiones vascas, tan distintas, por su naturaleza, de las feraces llanuras lombardas, y, por sus costumbres, del ambiente artístico, tolerante y muelle de la Milán predilecta.

Debemos creer que Stendhal llevaba por guía « al general no importa », pues todo lo que en otra parte le habría exasperado, le parece excelente.

« Los soldados españoles están llenos de naturalidad y ni piensan en representar una comedia ». Poco le importa pasar por mal francés, pero tiene que decir que « el palacete de Irún le agrada mucho más que el gran teatro de Burdeos ». A pesar de haber llegado en día de lluvia y de que los precios que le cobran por el café y la comida son los que en otra parte le indignarían, los paga de buena gana y cena, contemplando el palacete de Irún y a los soldados españoles « salvajes desbordante de coraje ». Aprecia el rasgo de cortesía de un soldado que le ha ofrecido fuego para su cigarro y admira la semejanza con la arquitectura antigua de « la desnudez de las iglesias de Irún y de Fuenterrabía ». Le complace tal sobriedad, por contraste con « el género gótico de Amiens que teme dejar el menor espacio sin ornamentos ».

Si compara las cosas de España con las de Francia, es siempre para preferir las ajenas, hasta cuando redundan en una mayor exhibición de piedad religiosa. Este pasaje lo demuestra : « ... el atrio, en el estilo del de Nuestra Señora de París, con mayor cantidad de figuras, pero menos ridículas quizás y a las que la furia revolucionaria no ha privado de sus cabezas ».

Donde se ve al precoz jacobino de otrora, que espantaba a

los suyos con sus manifestaciones antirreligiosas, celebrando se haya respetado a un monumento eclesiástico y prefiriendo la iglesia parroquial de Irún a la catedral de París.

Llámanle, lógicamente, la atención las mujeres, al incorregible enamoradizo. Las ve, en Irún, marchar con los pies descalzos, y, a pesar de la lluvia y del viento, llevar la cabeza descubierta, con sus cabellos anudados en trenzas que les llegan hasta los tobillos. Sorpréndele, sobre todo, la « expresión altiva de las mujeres de pescadores, en la aldea vecina. Se advierte — añade —, que saben que el amor es la ocupación principal de todos los hombres con los cuales se encuentran ».

Y éste, en labios o en la pluma de Stendhal, es el elogio más cumplido que puede hacer de una mujer, sea ella quien fuere.

A esto y a una rapidísima visión de Fuenterrabía, desolada por la guerra carlista se reducen las impresiones españolas directamente recogidas por Stendhal, en su viaje de 1838.

Poco importa, cuando el que las recibe ha creado la teoría sobre el amor como proceso de « cristalización » y cuando el definidor sirve tan admirablemente de ejemplo a la propia doctrina.

En Stendhal, el amor y el odio siempre « cristalizan ». Todo cuanto él ve, siente y percibe, cristaliza y recubre, bellamente, como en « la rama seca » de Salzburgo, a la realidad originaria. Recamando y enriqueciendo las « realidades » española e italiana ; agriando, tornando hirientes y ásperas las realidades para él antipáticas : Inglaterra, a menudo, a veces, Alemania, por momentos, Francia misma.

España está para él indisolublemente unida a lo bello y lo noble, desde que el *Quijote* lo reconcilió con la vida y con

la risa. Para él son españoles los fervores que enaltecen a la personalidad humana; los parientes a los cuales respeta; las mujeres a las que ama, sino por su nacimiento, españolas por sus sentimientos, como la misma Matilde Viscontini; españoles los libros cuya generosidad le hace llorar; españoles, héroes de la energía, « los únicos hombres que han resistido a Napoleón », su ídolo... Y quién sabe a qué extremos habría llegado el españolismo de *Arrigo Beyle, milanese*, si hubiera aceptado la invitación de visitar Madrid y de residir en el palacio condal, que le hizo la señora de Montijo, o si hubiese obtenido el consulado en España que le negó el ministro francés duque de Broglie.

No es necesario recurrir a conjeturas para afirmar la incomparable fidelidad de Stendhal a su culto por lo español. Esa fidelidad surge de la evocación imparcial de las circunstancias y de los textos. Ocurrióle alguna vez, como en su encuentro sobre el Ródano con George Sand y Musset, renegar de Italia y de quienes devotamente la visitaban; cultivó, otras, la humorada de sentirse cosmopolita y de vilipendiar lo francés; pero nunca, ni siquiera mientras la recorría, en el momento de la posesión — que suele ser el de los engaños —, se desdijo de su fervor por la Península.

Por eso sorprende la ausencia de una tesis universitaria sobre *Stendhal y España* y el no hallar nombre alguno ibérico en la nómina de quienes han señalado siquiera la imanación singular ejercida sobre el espíritu de Stendhal por las cosas de España ¹.

JOSÉ A. ORÍA.

¹ Pueden consultarse, al respecto, los manuales bibliográficos de Lanson y de Thième y la obra de PIERRE JOURDA, *État présent des études stendhaliennes*.